



ATLAS DE ARQUITECTURA DE LAS AMÉRICAS /2010

Roberto Segre

CENTROAMÉRICA Y EL CARIBE:

IMÁGENES DE UN ESPEJO ASTILLADO

Esplendor cultural y tinieblas políticas

Resultó casi nula la presencia de esta región de las Américas en las visiones globales de la arquitectura moderna publicadas en Europa o en Estados Unidos, pese a que la cuenca del Caribe abarca 2.7 millones de km² -la del Mediterráneo comprende 2.6 millones de km² -, e integra casi veinte países con un total aproximado de 50 millones de habitantes. A que se debe esta marginación? En primer lugar, la pequeñez y fragmentación de la mayoría de los países no facilitó el desarrollo coherente de movimientos arquitectónicos semejantes a los acontecidos en las mayores naciones del continente. En segundo lugar, al constituir Centroamérica y las Antillas un cruce de caminos, un espacio social de sístole y diástole, las influencias externas pesaron más que las elaboraciones internas, en el ámbito de la arquitectura y el urbanismo. Sin embargo, desde el período colonial hasta el reciente siglo XXI, se gestó una personalidad propia “caribeña” popular y espontánea; y en los años treinta, al difundirse las ideas del Movimiento Moderno, ella quedó integrada en una simbiosis creativa que caracterizó la modernidad arquitectónica regional. Desde entonces, las nuevas generaciones de profesionales locales elaboraron soluciones innovadoras que hoy participan al nivel del diálogo global internacional.

Desde el descubrimiento, el archipiélago caribeño fue asumido como el Paraíso Terrenal, identificado con las Espérides y la Trapobana de la Ciudad del Sol de Campanella, debido a su naturaleza exuberante, sus indios dóciles y pacíficos- con excepción de los feroces caribes-, y la cultura milenaria de los Mayas en Centroamérica. Pero paradójicamente era también el Infierno en la Tierra. Huracanes y terremotos devastaron sin piedad ciudades y poblaciones: en Guatemala, después del sismo que destruyó Antigua en 1773 se fundó Nueva Guatemala; fue abandonada Panamá la Vieja y quedó arrasada Managua en 1972; en Jamaica, Port Royal fue destruida en 1692 y surgió Kingston; en Martinica, la erupción del Monte Pelée sumergió a la ciudad de



Toussaint l'Ouverture, “el Napoleón negro”.

Saint-Pierre con sus 30 mil habitantes. Y el reciente terremoto de Haití (12/01/2010), poco dejó en pie en Puerto Príncipe con un saldo de 140 mil muertos y un millón de desabrigados. También los cíclicos huracanes anuales afectaron duramente la mayoría de las ciudades capitales antillanas: se recuerda todavía el ciclón del 29 en La Habana y Santo Domingo, ésta última también dañada en 1999 por el ciclón Georges. En 2008, cuatro sucesivos huracanes que pasaron por Haití dejaron 800 mil habitantes sin viviendas.

A las convulsiones naturales se sumaron las políticas y sociales que caracterizaron la historia de la región durante cinco siglos. Con la conquista de América por España, el Caribe y Centroamérica se convirtieron en puntos neurálgicos de la dinámica política europea; estableciendo una “frontera imperial”, según el dominicano Juan Bosch. Tanto por la presencia de la anual Flota cargada de los tesoros de América, apetecidos por Holanda, Francia e Inglaterra; como por la estrechez del istmo de Darién que facilitaba las comunicaciones entre el Atlántico y el Pacífico, islas y áreas continentales, fueron sucesivamente ocupados por diferentes países europeos, hasta culminar con la invasora presencia de Estados Unidos a par-

tir de la política del big stick de Teodoro Roosevelt, desencadenada con la ocupación de Cuba y Puerto Rico en 1898. Desde entonces hasta este siglo XXI, y a pesar de la presencia de la Revolución cubana, el Caribe siguió siendo un “lago” norteamericano, evidenciado en las intervenciones y las bases militares establecidas a lo largo del siglo XX: Guantánamo en Cuba, y en San Juan de Puerto Rico (1898); Nicaragua y Panamá (1909); Haití (1915); República Dominicana (1916); Guatemala (1954); hasta las más recientes invasiones militares en República Dominicana y Cuba (1961), Granada (1983), Panamá (1989), y Haití (1994), con el objetivo de eliminar posibles gobiernos izquierdistas. Sin embargo, cabe recordar que la primera república democrática de América Latina, nació en Haití en 1791, con la revolución encabezada por Toussaint L’Ouverture.

En La Tempestad Shakespeare anticipó el vínculo de dependencia y sometimiento entre colonizadores y nativos: la imagen de Próspero y Calibán corresponde a la imagen de la realidad social vigente en el archipiélago. En Centroamérica, los españoles sojuzgaron a los indígenas, cuya población se mantuvo presente hasta la actualidad, lo que determinó cierta uniformidad social, solamente alterada por la masiva presencia de chinos y negros caribeños utilizados como mano de obra en la construcción del Canal de Panamá. Por el contrario, en las Antillas, la rápida desaparición de los indígenas, motivó la importación de la mano de obra esclava proveniente de África para trabajar en las plantaciones de azúcar. Y en el siglo XIX, suprimida la esclavitud, arribaron chinos e hindúes para sustituirlos en el trabajo manual. Aconteció así una interacción racial y cultural, asociadas al sincretismo religioso que predominó en la región. Con los altibajos de las economías isleñas, ocurrió una fuerte movilidad de la población en un continuo proceso de migraciones, que al llegar el siglo XX, con la pobreza generalizada en la región, se transformó en la diáspora hacia los Estados Unidos. En la actualidad, millones de dominicanos, puertorriqueños, cubanos y centroamericanos habitan en las principales ciudades del “Coloso del Norte”. Fenómeno que no tuvo solamente motivaciones económicas, sino también políticas: la persistencia de dictaduras y gobiernos autoritarios, también incidieron en los flujos migratorios: Somoza en Nicaragua, Trujillo en

The Tempest

(Sketch)

Caliban, Prospero, Miranda
Act I, Scene 2



Casas ginger, Trinidad. Fotos arq. Jimena Ugarte.

República Dominicana, Batista en Cuba y Duvalier en Haití; y a partir de 1959, el desacuerdo con el sistema socialista de Fidel Castro, motivó la salida del país de más de dos millones de cubanos. Al mismo tiempo, la presencia de las guerrillas en Centroamérica, caracterizó la violencia de su historia en la segunda mitad del siglo XX.

Si bien la arquitectura caribeña resultó mundialmente conocida por los *coffee table books* de la editora Taschen que difundieron los ejemplos vernáculos en *Caribbean Style*, en los dos últimos siglos se forjó una auténtica cultura de trascendencia internacional: en 1967 el guatemalteco Miguel Ángel Asturias y en 1992, el antillano inglés Derek Wallcott, obtuvieron el Premio Nobel de la Literatura. Y ya desde el siglo XIX, escritores como José Martí en Cuba y Rubén Darío en Nicaragua, marcaron el camino del modernismo literario latinoamericano. Resultó intenso el diálogo entre el surrealismo europeo y el Caribe: André Breton se maravilló ante la naturaleza y las manifestaciones culturales populares de Martinica, bajo la égida de Aimé Césaire; y el cubano Alejo Carpentier, descubrió lo “real maravilloso”, al subir a la *Citadelle* del rey Christophe en Haití. Sin lugar a dudas, la música tuvo un papel esencial en la presencia del Caribe en el mundo: las *Habaneras* de Ernesto Lecuona, tan conocidas en España; el *Calipso* de Harry Belafonte y los *Reggae* Rastafari de Bob Marley en Jamaica; la *Salsa* del dominicano Juan Luis Guerra, la presencia de los puertorriqueños en Nueva York a través de la reiterada *East Side Story*, y el éxito universal de los artistas de Cuba revolucionaria: la bailarina Alicia Alonso, y la *Nueva Trova* de los cantores Silvia Rodríguez y Pablo Milanés.



Haití, casa victoriana, foto arq. Bruno Stagno.



Escuela y caserna militar, Jamaica. Fotos arq. Jimena Ugarte.



Gestación de una identidad

Cuales fueron los elementos de la tradición arquitectónica que los arquitectos modernos asumieron para elaborar un lenguaje que estableciera el diálogo entre lo universal y lo local, promoviendo lo que se llamó “sincretismo ambiental caribeño”? En Centroamérica, la presencia de las ruinas mayas y la adaptación de las construcciones de los colonizadores españoles al carácter sísmico de la región, con las gruesas columnas en patios y galerías, inspiraron los parámetros formales de algunas obras contemporáneas: la configuración piramidal del Teatro Nacional (1978) de Efraín Recinos y la volumétrica embajada de México (2007) en Ciudad Guatemala de Teodoro González de León y Francisco Serrano. Pero indudablemente, la mayor influencia provino de las construcciones del siglo XIX, tanto de las nuevas tipologías elaboradas en las viviendas “tropicales” como en las soluciones funcionales asociadas a las plantaciones bananeras. Por una parte, la importación de la estructura balloon frame aplicada en la residencia individual y la substitución de patio abierto por el zaguán en sombra, así como el uso de las estructuras prefabricadas de hierro en almacenes y depósitos importadas de Inglaterra y Estados Unidos, establecieron las pautas de soluciones adaptadas al clima, cuya ligereza y transparencia permitían la ansiada sombra y la circulación de la brisa en el interior de los edificios: resultaron constantes que aparecen en las obras recientes de los costarricenses Bruno Stagno, Victor Cañas y Rolando Barahona; así como del panameño Patrick Dillon.

En el universo antillano, los españoles encontraron las chozas indígenas de bambú, madera con techo de paja -llamada cana o guano-, similares a la cabaña primitiva vitruviana, luego magnificadas por los tratados europeos del siglo XVIII, y asumidas como modelos contemporáneos en resorts, clubs mediterráneo, y algunos ejemplos de buena arquitectura, como las obras de Oscar Imbert y Segundo Imbert en República Dominicana: citemos, entre otras, el aeropuerto de Punta Cana (1985) y el Club de Playa Caletón (2005).

La primer gran obra a escala regional, desarrollada por Felipe II - y su réplica en las islas inglesas y francesas -, fue el sistema de fortificaciones que permitía



la defensa de ciudades y territorios de los ataques de corsarios y piratas. Gigantescas moles de piedra que presidieron las ciudades -los castillos del Morro de La Habana, Santiago de Cuba y San Juan-, expresaron el talento de los ingenieros de la familia Antonelli, aún hoy, referencia obligada de los orígenes arquitectónicos del Gran Caribe. Temática que tuvo su versión moderna en el siglo XX, en las bases militares de Estados Unidos esparcidas por el área. La arquitectura colonial importada de España, se fue adaptando a las exigencias del clima tropical: se dilataron las aberturas, surgieron las tramas protectoras de la blanca luz exterior; aparecieron las galerías porticadas a lo largo de las calles- La Habana, ciudad de las columnas, así definida por Alejo Carpentier -; y se redujo el tamaño de los arbolados los patios interiores, envueltos por las sombreadas y anchas galerías.

En las islas de colonización inglesa, francesa y holandesa, el desarrollo urbano tuvo escasa importancia, frente a la primacía de las plantaciones de azúcar. Allí contrastaban los elementales barracones de esclavos, las instalaciones industriales de hierro y madera, con las lujosas mansiones de los terratenientes, diseñadas de acuerdo con los modelos palladianos, referencia aún presente en proyectos actuales. Sin embargo, la tónica dominante surgió en el siglo XIX con el uso generalizado del balloon frame en las viviendas y las estructuras metálicas en mercados y almacenes, que respondían tanto a las condiciones climáticas y las exigencias de los posibles terremotos, como al carácter provisional de las estructuras productivas. La ligereza y transparencia de estas edificaciones definieron la tipología dominante de la arquitectura caribeña, así como el sistema decorativo victoriano del gingerbread. Sin embargo, el interludio académico acontecido en las primeras décadas del siglo XX, interrumpió la continuidad de la herencia vernácula, que fue retomada con la asimilación de los principios funcionales y estéticos del Movimiento Moderno, a partir de los años treinta. Así, en la segunda mitad del siglo XX, fue gestándose la personalidad de la arquitectura moderna caribeña.

La seducción del trópico

Si el vivir en las islas generaba el síndrome de claustrofobia y el deseo de huir de ellas; al mismo tiempo el aura misteriosa del trópico, de su naturaleza exu-



Portobello, Panamá



Casas patronales en plantaciones de caña de azúcar en Martinique. Fotos arq. Jimena Ugarte.



berante y de una población multirracial, constituían un atractivo para los habitantes de los territorios continentales. De allí que a lo largo del siglo XX, aparecieron profesionales extranjeros que actuaron o se instalaron en Centroamérica y las Antillas. En primer lugar se hizo sentir la influencia norteamericana: con la apertura del Canal de Panamá (1914), fue invitado Frederick Law Olmsted para asesorar las obras de paisajismo; y Bertram G. Goodhue diseñó el principal hotel de Colón. Después de Miami, el turismo se orientó hacia las islas, motivando la construcción de grandes hoteles: Whitney Warren y Charles Wetmore realizaron el Vanderbilt en San Juan (1923) y McKim Mead & White, el Nacional en La Habana (1929). Si bien estos ejemplos se mantuvieron dentro del vocabulario académico, entre los años veinte y los cuarenta, dos profesionales intentaron caminos expresivos originales: Antonin Nechodoma, checoslovaco proveniente de Chicago, insertó el lenguaje wrightiano en el contexto puertorriqueño; el catalán Tomás Auñón, desarrolló un expresionismo vernáculo en República Dominicana; y en ese país, el francés Dunoyer de Segozac, combinó el estructuralismo perretiano con el brutalismo lecorbusierano en la Basílica de Higüey.

Richard Neutra fue el gran impulsor del Movimiento Moderno en el Caribe, con sus conferencias, proyectos y obras en Cuba y Puerto Rico. Aquí dejó a su discípulo Henry Klumb, cuya copiosa producción arquitectónica estableció el puente entre modernidad y tradición, adaptando el lenguaje moderno a las particularidades climáticas y ecológicas de la región. A partir de los años cincuenta se sucedieron las visitas de los Maestros europeos al Caribe: llegaron a La Habana, Walter Gropius, Mies van der Rohe, José Luis Sert y Félix Candela; y Moise Shafdie proyectó el Habitat de Puerto Rico. La influencia de Estados Unidos se hizo presente a través de Welton Beckett, autor del Havana Hilton en La Habana (1958); y de Edgard Larrabee Barnes, de los departamentos "El Monte" en San Juan (1965). El cuestionamiento *del Intemacional Style* que ya se había iniciado en Cuba en las Escuelas Nacionales de Arte, proyecto en el que participaron junto al cubano Ricardo Porro los italianos Roberto Gottardi y Vittorio Garatti (1961-2010), tuvo un fuerte impulso con la presencia de Bruno Stagno y Jimena Ugarte en Costa Rica,



Hotel Hilton en Trinidad, arq. Torro y Ferrer.
Universidad de Puerto Rico, arq. Henri Klump
Fotos: arq. Jimena Ugarte



Kaufman House
arq. Richard Neutra
Palm Spring California, USA



emigrados de Chile en 1973. La identificación con la realidad de Centroamérica y el Caribe y la conciencia de los graves problemas ambientales que se avecinaban convirtieron a Stagno en el paladín de la búsqueda de una arquitectura “tropical”, no solamente en las Américas, sino a escala planetaria, conjuntamente con Gustavo Luis Moré de República Dominicana, editor de la principal revista de arquitectura caribeña, *Archivos de Arquitectura Antillana* (AAA). Apoyado por el *Prince Claus Fund* de Holanda e identificado con las tesis del “regionalismo crítico” de Alexander Tzonis y Liane Lefaivre, creó el Instituto de Arquitectura Tropical (1994), que en los sucesivos seminarios a lo largo de este siglo, congregó a los principales protagonistas de los cinco continentes, orientados hacia la creación de una arquitectura ecológica y sustentable.

Dos situaciones contrapuestas atrajeron la atención internacional sobre el Caribe: por una parte, el entusiasmo por la bonanza económica desarrollada en el mundo capitalista globalizado a partir de la década de los años noventa - hasta la reciente crisis mundial (2008) -, que impulsó un *boom* constructivo en la región, asociado al progresivo incremento del turismo y de la especulación inmobiliaria. Dinámica que inclusive generó una sofisticada escuela de arquitectura y diseño - ISTHMUS - dirigida por el colombiano Carlos Morales - situada en la “Ciudad del Saber” que ocupa las ex instalaciones militares norteamericanas en el Canal de Panamá-, cuya proyección internacional tiene como objetivo formar a talentosos profesionales al servicio del “sistema”. Por otra, la preocupación por las profundas contradicciones sociales existentes en la mayoría de los países, y las precarias condiciones de vida de los estratos más necesitados de la población, que expulsados de las áreas agrícolas, fueron asentados en las periferias urbanas de ciudades caóticas, carentes de planificación urbana. La presencia de arquitectos del *star system* internacional, acompañó la ansiedad por participar de los beneficios del “efecto Bilbao”, y crear una visibilidad urbana regional. Ricardo Legorreta diseña la Catedral Metropolitana de Managua (1991-1993), con un contradictorio lenguaje de referencias disímiles; y Frank Gehry- casado con una panameña-, es invitado en Panamá para proyectar el Museo de la Biodiversidad (2002), situado en Amador a las puertas del



Boîte au vent, arq. Jérôme Nouel, Martinique
 Casa en Gamboa, arq. Patrick Dillon, Panamá.
 Museo de La Biodiversidad, arq. Frank Gerhy, Panamá
 Fotos: arq. Jimena Ugarte

canal, imaginado como un encuentro entre la historia geológica y social de la región, y en el que perdura su habitual tipología de fluctuantes techos sinuosos. Más apegada a la tradición histórica local resulta la Embajada de México en Guatemala de Teodoro González de León y Francisco Serrano (2007), nívoo conjunto de complejos volúmenes que ambiciona representar en clave moderna, las masas pétreas de las pirámides mayas. Y las tramas y transparencias características de la tradición antillana, aparecen en la sede del Ministerio de Justicia en Fort de France, Martinica (2003), de Borja García Huidobro y Alexander Chementov. Por último, Rafael Moneo, fue convocado por el Historiador de la Ciudad de La Habana para proyectar un hotel en el centro histórico (2009). Y en la dimensión utópica de la fantasía desarrollista del neoliberalismo, fueron imaginados en República Dominicana, dos gigantescos conjuntos relacionados con el turismo y las finanzas. Ricardo Bofill y un equipo dominicano, propuso la creación de una isla artificial frente a la costa de Santo Domingo - Ciudadamar, “la ciudad del Nuevo Mundo” -, de un millón de metros cuadrados, para albergar residencias, comercios, marinas y sedes corporativas (2004). Y Bernard Tschumi, sueña todavía con la concreción del mayor centro financiero del Caribe, Independent Financial Center of the Americas, en un área virgen a 30 km de Santo Domingo, que albergaría una población estable de 30 mil habitantes (2005). Es sorprendente esta reiteración temática en la República Dominicana, ya que en el año 2001, el catalán Tolo Cursach, construyó el Barceló Bávaro Convention Center, en Higüey, considerado en aquel entonces “El portal de ingreso a las Américas”.

El interés por la conservación de la herencia arquitectónica y urbanística caribeña, así como la salvaguardia de las ciudades tradicionales, amenazadas por la especulación inmobiliaria en la mayoría de los países, generó un movimiento internacional, de apoyo a las iniciativas locales y de difusión para el reconocimiento del pasado histórico. En primer lugar, la UNESCO integró un sinnúmero de ciudades, obras y contextos naturales a la lista del Patrimonio Cultural de la Humanidad: citemos, entre otros, los centros históricos de La Habana, Camagüey, Cienfuegos y Trinidad en Cuba; Santo Domingo; Panamá; San Juan de Puerto Rico; Antigua en Guatemala. A su vez, la Junta de Andalucía, publicó detalladas guías sobre algunas de las ciudades



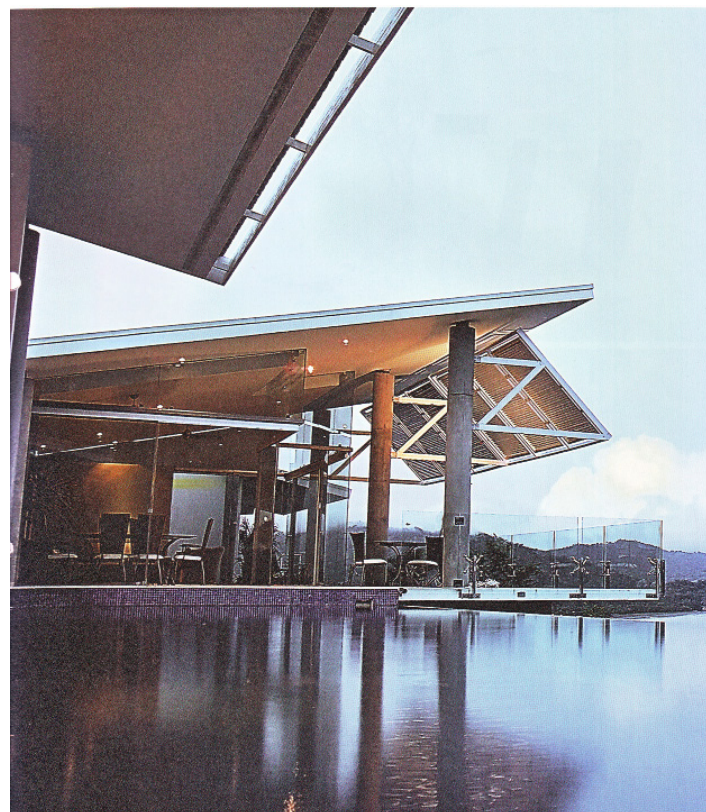
Ministerio de Justicia en Fort de France, Martinica (2003), de Borja García Huidobro y Alexander Chementov. Foto Jimena Ugarte

citadas. Y varios organismos municipales, colegios de arquitectos y centros universitarios de España, realizaron proyectos y libros relacionados con las intervenciones propuestas en Cuba y República Dominicana. En el concurso internacional organizado por Santiago de Compostela (2000) para intervenir con nuevos proyectos en ciudades de América Latina, participaron Santo Domingo y Santiago de Cuba. Dando continuidad a esta iniciativa, el arquitecto Antonio Vélez con el gobierno de la ciudad de Santo Domingo, organizó en 2002 la participación de un nutrido grupo de urbanistas en la elaboración de propuestas para la ciudad. Entre ellos, asistieron Manuel Solá Morales, Manuel Gallego, Ramón López de Lucio, Bernardo Ynzenga, Felipe Peña, Ángela García de Paredes. También La Habana convocó diversas universidades de Estados Unidos y Europa para realizar talleres y *workshops* sobre barrios en precario estado de conservación: allí participaron la Escuela de Arquitectura de Harvard, de La Villette, de Sevilla, Granada y la ETSAB de Barcelona. A su vez, el grupo *New Urbanism* bajo la dirección de Andrés Duany, colaboró en la elaboración de las normas urbanas para el barrio de El Vedado, así como en varias publicaciones, siendo la más reciente la dedicada a los proyectos de León Krier. Y alcanzó una significativa repercusión el *workshop* desarrollado en La Habana (1996) con la participación de Coop Himmelb(l)au, Thom Mayne, Eric Owen Moss, Lebbeus Woods, Wolf Prix y Carme Pinós, cuyos resultados fueron editados en el libro *The Havana Project*. El creciente interés despertado por el Caribe, culminó con los dos seminarios organizados por el Departamento de Arquitectura del MOMA- Barry Bergdoll -, en Jamaica (2008) y en Santiago de los Caballeros (2009), dedicados a debatir la especificidad de la modernidad caribeña.

Una contemporaneidad vernácula

Resultan escasas las obras que en la década reciente escapan al anonimato de la arquitectura comercial y especulativa, o al formalismo gratuito impuesto por las modas internacionales o la influencia ejercida por Miami. Ellas lograron materializarse por iniciativa de administradores iluminados que asociaron la buena arquitectura al prestigio de su empresa, o clientes cultos que desearon personalizar sus viviendas, distanciándose de los habituales estereotipos del falso vernáculo. Costa Rica, como bien lo demostraron Miquel Adriá y Luis Diego Barahona, es el país de Centroamérica, con la mayor producción de edificios de alto nivel estético, realizadas por Bruno Stagno, Víctor Cañas y Jaime Rouillón. Stagno, en su extensa obra construida, buscó el equilibrio armónico entre las tipologías formales costarricenses, las respuestas tradicionales a las condiciones climáticas y ecológicas, la sustentabilidad económica y el uso de materiales locales y de tecnología contemporánea, proponiéndose, a la vez, lograr “la divina proporción” entre naturaleza y arquitectura. Formado en la tradición canónica del Movimiento Moderno - trabajó con Jullian y Ouvrierie en el proyecto de la iglesia de Firminy de Le Corbusier -, en los proyectos recientes - las oficinas de la empresa Holcim (2004) y de la British American Tobacco (2008) -, se liberó de las ataduras racionalistas al diseñar con formas libres y plásticas los sistemas externos de protección solar: en la primera unas ligeras lonas plásticas sustentadas por tensores metálicos; en la segunda, un sistema de brises ondulados que se extienden a lo largo de las fachadas. También resultan sumamente elaborados los espacios interiores en los que se logra la atmósfera sombreada y el paso de la brisa, con el fin de minimizar el uso del aire acondicionado.

De una generación más joven, Victor Cañas, Rolando Barahona y Jaime Rouillón, se sienten menos atados a los axiomas ambientalistas y más atraídos por la expresividad deconstructivista, el recato minimalista y la imaginación espacial asociada a la high tech. En las casas de Cañas- Hovany (2003), Holmes (2004) y Portas Novas (2005)-, predominan la alternancia de opacidades y transparencias en los ascéticos espacios interiores, el uso imaginativo de los paneles solares protectores, la adecuación a la topografía



Arq. Bruno Stagno, Víctor Cañas y Rolando Barahona, Costa Rica

del lugar y la creación de las perspectivas hacia la magnificencia del paisaje, resaltado en las imágenes especulares creadas por los estanques de agua. Y Rolando Barahona, en las viviendas Horizonte Naciente y Santuario Habitable, establece el diálogo entre la complejidad geométrica de las plantas y los volúmenes exteriores adaptados a la topografía, la presencia de los muros de piedra contrapuestos a las finas columnas metálicas que enmarcan los grandes paños de vidrio que abren las vistas hacia el espacio exterior. Pertenece a esta tendencia, al integrar las tradiciones vernáculas con una expresión contemporánea, el panameño Patrick Dillon. La casa SaLo en Veraguas, magnifica los muros exteriores virtuales definidos por persianas de madera; e inventa una solución high tech casera en la torre de observación situada al borde de un parque nacional en Gamboa, en la que su forma libre e irregular, proviene del uso de materiales recuperados en esa zona de casas, oficinas, garajes, galpones y una refinería demolida en los alrededores. Cabe también señalar el esfuerzo de la arquitecta Ángela Stassano en Honduras, por lograr una arquitectura económica y bioclimática, sin renunciar a los atributos estéticos: es original la cromática solución de las ligeras cabañas del hotel Bread & Breakfast (2010).

Resultan más tradicionales las viviendas construidas en las Antillas, debido a la mayor presión ejercida por las tradiciones vernáculas, asociadas a la dinámica del turismo internacional, en busca del fugaz Paraíso Perdido. Un conjunto de lujosas residencias en el Batey de Casa de Campo en La Romana, República Dominicana - ámbito exclusivo y sofisticado de los millonarios norteamericanos- del venezolano Francisco Feaugas, intentan encontrar el equilibrio entre el uso de los materiales y las formas tradicionales y una especialidad contemporánea. Más innovadoras resultan las viviendas creadas por Jérôme Nouel en Martinica, experimentando con los patios interiores y las galerías continuas externas; así como la cromática vivienda en Willemstad, Curazao, de Carlos Weeber y Sofia Saavedra (2005), que asume la herencia colorida de la arquitectura holandesa. Es original la experiencia ecológica de la pequeña "casa ausente" de Abruña & Musgrave en Vega Alta, Puerto Rico, cuya simplicidad volumétrica establece una simbiosis entre intemperie y espacio



Casa, arq. Rolando Barahona, Costa Rica;
Torre de observación, arq. Patrick Dillon, Panamá.





Andrés Mignucci, "Ventana al Mar" (2006).

cubierto, al aprovechar al máximo el agua de lluvia, el viento y la energía solar. La atención a los estratos más pobres de la población de Puerto Rico, se manifiesta en el conjunto habitacional de Edwin e Iván Quites (2009), para habitantes de una villa miseria y el centro de educación ambiental interactiva "Aula Verde" (2002) en Río Piedras del estudio Toro y Ferrer, en una iniciativa asociada con la Universidad de Harvard. Situado al borde de un pequeño bosque y asociado a un mariposario, expresa su modestia en el ascetismo forma y constructivo: el bloque que alberga las actividades docentes, está definido por una estructura de hormigón armada a la vista y un sistema rústico de ventanas de madera.



"Casa ausente" de Abruña & Musgrave

Del paraíso a la metrópolis

Imposible cerrar este panorama sin referimos al tema urbano y a las intervenciones en los centros históricos. Si por una parte, las grandes oficinas profesionales realizan monumentales obras públicas en las ciudades - Segundo Cardona, el Coliseo de Puerto Rico (2004); Gustavo Luis Moré y Juan Cristóbal Caro, la Suprema Corte de Justicia en Santo Domingo (2001); y en la misma ciudad Andrés Sánchez y César Curiel, el riguroso hotel Holiday Inn (2009); Seisarquitectos, el Banco Industrial en Ciudad Guatemala (2008); Mallol & Mallol, el Complejo Gu-

bernamental en Ciudad Panamá (2002) -; existe un movimiento para preservar y reciclar la arquitectura histórica: los edificios restaurados por Eduardo Tejera-Davis en el casco antiguo de Panamá y el Museo de San Juan, situado en el Viejo Mercado (2000), de Bermúdez, Delgado y Díaz. Pero al mismo tiempo, fue impulsada, en particular en San Juan, la socialización del espacio público y su uso comunitario. Es excepcional la obra paisajística de Andrés Mignucci y la serie de parques localizados en diferentes áreas de la ciudad. Sobresale, la "Ventana al Mar" (2006), frente a la playa y entre los hoteles La Concha y

Vanderbilt, espacio tradicionalmente cerrado al público. De esta manera, se genera un movimiento para vivir cotidianamente el espacio urbano a través de su vida social, conservando la tradición caribeña de las actividades al aire libre - recordemos los tradicionales mercados de hierro- , en contraposición a la dinámica anti-urbana y segregativa de los centros comerciales y los condominios cerrados. Desafortunadamente los intereses económicos especulativos que controlan el turismo de la región, no favorecen esta ansiada integración entre la ciudad y los asentamientos vacacionales de los resorts, basados en su aislamiento y autonomía respecto a las infraestructuras urbanísticas existentes en las diferentes islas. Así el deseado paraíso es vivido por los millones de visitantes extranjeros, ajeno a la dura realidad del universo antillano.

Este ensayo, no hubiera sido posible sin la fraternal ayuda de Gustavo Luis Moré, Eduardo Tejeira Davis, Edwin Quiles, Jimena Ugarte y Luis Diego Barahona.

